



CRISTINA PRADA

UNA HISTORIA DE
CHICOS GUAPOS
Y UN MONTÓN
DE ZAPATOS



Índice

Portada

Sinopsis

Prólogo

Primer acto

1. Lauren

2. Molly

3. Lauren

4. Molly

5. Lauren

6. James

7. Molly

Segundo acto

8. Molly

9. Molly

10. James

11. Molly

12. Molly

13. Molly

14. James

15. Molly

16. Molly

17. Molly

18. James

19. James

20. Molly

21. Molly

22. Molly

23. James

Tercer acto

24. Lauren

25. Lauren

26. Lauren

27. Lauren

28. Lauren

29. Lauren

30. Lauren

31. Lauren

32. Lauren

33. Lauren

34. Bentley

35. Lauren

36. Lauren

37. Bentley

38. Lauren

39. Bentley

40. Lauren

41. Lauren

41. Lauren

Epílogo

Maddie

Referencias de las canciones

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora

Descubre
parte

Com-

SINOPSIS

Lauren llega al aeropuerto JFK con las ideas muy claras. Sabe lo que quiere, pero también está completamente convencida de que hay dos obstáculos demasiado guapos que le están impidiendo dar el salto hacia la vida que quiere tener. Uno es Bentley, el editor de la revista *Spaces*, dentro del imperio del Riley Group. El otro es James, su novio de la facultad y su mejor amigo.

Ninguno de los tres está contento con la situación, pero es muy complicado despedirte de alguien en quien no puedes dejar de pensar un solo segundo. Sin embargo, James y Bentley quieren demasiado a Lauren como para compartirla de un modo u otro.

El mismo día a la misma hora Molly llega también al aeropuerto JFK después de pasar unas vacaciones en París. Viene con la maleta llena de vestidos vintage, postales de la Torre Eiffel y un secreto que cambiará su vida para siempre.

Esto no es más que el principio, el punto de partida. El destino se encargará de que sus caminos se entrecrucen en el club de moda de Manhattan, y las risas, las peleas, las confesiones, los te quiero y un vestido de novia de Valentino escribirán cada una de las líneas de su historia. Sólo hay que atreverse a dejarse llevar.

¿Y tú, te atreves?

Prólogo

—¿Qué ha pasado? —pregunta Maddie sorprendida.

—Me he despedido de Bentley —balbuceo en su rellano.

¡Maldita sea! ¿Por qué no puedo dejar de llorar? ¿Qué me pasa? Respiro hondo, me seco las lágrimas con la manga del abrigo y me sorbo los mocos. Poco elegante, pero efectivo.

—Ya he tenido suficiente —sentencio, y estoy hablando completamente en serio—. No pienso volver a llorar por ningún hombre. Da igual lo guapo que sea.

Da igual que parezca James Dean con una mirada capaz de cambiar la orientación de los polos de la tierra o que sea tan guapo, con unos ojos tan verdes que todo a su alrededor se vuelva borroso. Se ha acabado. Estar entre James y Bentley se ha acabado. Vuelvo a hacer pucheros sin siquiera proponérmelo. «¡Deja de llorar, Stevens!»

Entro con el paso firme en el apartamento de Maddie, camino hasta la nevera y saco dos cervezas heladas. Me bajo de mis Marc Jacobs y me dejo caer en su sillón. Mi amiga me imita y se sienta en el tresillo al tiempo que coge su Budweiser.

—Lo siento —dice tras el primer sorbo.

De inmediato pongo los ojos en blanco. Ya sé por dónde va y se equivoca, estrepitosamente.

—¿Se puede saber por qué? —pregunto enfurruñada.

—Por esto —responde señalándome vagamente con la mano—. Has tenido que despedirte de Bentley y en algún momento tendrás que hacerlo de James.

Ya me he despedido de los dos... «No se te ocurra volver a llorar», me advierto.

—Si no puedes elegir entre dos personas, es porque en realidad no quieres a ninguna —afirmo fingiéndome muy convencida.

Mentira. Mentira. Mentira. No puedo hacerlo porque soy incapaz de renunciar a uno de ellos. Bentley me hace sentir mariposas en el estómago y James, como si volara. ¿Cómo demonios voy a elegir?

—¿Y seguro que tú no podrías elegir?

—Cuando me estaba despidiendo de Bentley, estaba tan triste que pensé que era porque cometía el mayor error de mi vida y tenía que volver con él, pero entonces me di cuenta de que eso significaría no volver a estar con James y me puse aún más triste.

Ella vuelve a observarme concienzudamente. Sabe que no lo estoy pasando bien. Engañarnos la una a la otra es muy difícil. Excluyo a Álex de esta frase porque intentar colársela a la muy perra es casi imposible. Tiene un detector de mentiras nivel «El mentalista».

—Pareces una canción de Barbra Streisand —comenta socarrona. Sólo quiere hacerme sonreír.

—No soy la única —replico veloz.

Nuestras sonrisas se ensanchan, tristes, y le doy un nuevo trago a mi cerveza. Ahora soy yo quien la observa. Se siente muy culpable y yo no quiero que, después de todo lo que ha pasado con Ryan, además de preocuparse de sí misma, tenga que preocuparse también por mí, o, lo que es peor, decida que no puede hacerme esto y cancele todo lo de Boston. Necesita este cambio. Tiene que volver a estar bien. Maddie es mi prioridad ahora mismo.

—No me malinterpretes —añado. Necesito una última mentirijilla para asegurarme de que no va a echarse atrás—. Los quiero a los dos, pero es más cariño que amor. Yo quiero que me cueste trabajo respirar, pasión desenfrenada, quiero querer como Carrie quiere a Big, maldita sea.

Y exactamente así es cómo los quiero. Estoy a punto de echarme a llorar... creo que incluso de poner un brazo sobre la mesa y hundir mi cabeza en él para, dos segundos después, levantarme con la cara llena de lágrimas, aunque con el maquillaje perfecto, soy una dama, alzar el puño y lanzar un juramento al aire del tipo «dejaré de fantasear con ese actor porno tan guapo que entrevistó Letterman a

cambio de que algún científico chalado invente la fusión humana y yo pueda tener a mi *Bentmes*» o a mi *Jamtly*, aún lo estoy estudiando. En cualquier caso, es una gran promesa. El actor porno era guapísimo y la tenía enorme, un poco arqueada... Mejor paro, que me voy del tema y estoy muy triste.

Echo la cabeza hacia atrás hasta apoyarla por completo en el sillón y por un momento las dos nos quedamos en silencio, pensativas.

—A veces me siento un poco como Carrie —se sincerara.

—¿Carrie, mato a todos mis compañeros de clase con la mente, o Carrie Bradshaw, la de «Sexo en Nueva York»? —pregunto echándome de nuevo hacia delante.

—Bradshaw.

—Ya te gustaría —replico con un bufido.

¡Yo soy Carrie! Maddie es claramente Charlotte y Álex, Miranda, pero más guapa y con más sentido para la moda, los hombres y los cortes de pelo.

Maddie me mira con cara de pena y yo frunzo los labios. Supongo que, como está tan rematadamente hundida, puedo dejarla ser Carrie por esta vez. Lo que tiene que hacer una por las amigas.

—Me refiero a eso de que a veces, en la relaciones, hay que preguntarse si una ama con quién está o ama lo que siente tratando de alcanzar algo que en realidad es inalcanzable —empieza a explicarse—. ¿Y si no me enamoré de Ryan?, ¿y si de lo que me enamoré fue del peligro emocional de que él fuera tan hermético, tan autosuficiente? Algo dentro de mí siempre me ha gritado que acabaría haciéndome daño, desde la primera vez que lo vi, y no pude apartarme de él. Soy una maldita yonqui.

—Ryan está buenísimo —dictamino sin asomo de dudas. Creo que incluso sueño un poco vehemente.

—¡Lauren! —protesta.

—No, hablo en serio. Si un genio apareciera de repente y te ofreciera un millón de dólares, que todos los días fueran Navidad y que las hamburguesas con queso no en-

gordaran y al otro lado Ryan te sonriera con esos ojos azules fulmina-bragas, todas las mujeres de este universo elegirían irse con él. Eso está más claro que las matemáticas.

—Gracias por la aclaración —responde dedicándome un mohín.

¿Por qué nadie pilla el significado de mis inteligentes metáforas a la primera? Es de lo más frustrante.

—No seas dramática —replico—. Lo que pretendo decir es que era muy complicado mantenerse apartada de él, para ti y para cualquiera, y, además, a todo eso tienes que sumar que está loco por ti.

—No está loco por mí —se apresura a rebatir.

—Sí lo está, Maddie. No seas injusta. Cometió un error imperdonable, pero eso no significa que no te quiera.

Sé que sabe que tengo razón.

—¿Ahora lo defiendes? —contraataca a la defensiva. Enarco las cejas. Sabes que lo sé, Parker. Y, efectivamente, ella sabe que sé que lo sabe, porque resopla, claudicando—. Supongo que parte de esta estupidez de crecer y ser maduro implica ver las cosas con perspectiva.

—Ver las cosas con perspectiva, sí —especifico. Este punto debe quedar clarísimo—; ser gilipollas, no. Ryan tiene que arreglar todas sus mierdas para poder ser feliz. Eso es lo que no puedes olvidar. Por eso nos vamos a Boston, ¡qué asco! —Sonríe, misión cumplida... pero Boston, de verdad, qué asco—. Y por eso Spencer y Bentley habrán encerrado a Ryan en algún sitio sin ventanas. Aunque sospecho que sería capaz de tirar abajo cualquier puerta —me lo imagino con una camiseta blanca de tirantes a lo Marlon Brando en *Un tranvía llamado deseo*, qué momentazo—, lo que también me hace sospechar que está acometiendo un esfuerzo enorme por hacer lo que es mejor para ti.

—Estuvo aquí ayer y me dijo que hacía esto por mí, para cuidar de mí.

Asiento completamente de acuerdo y le doy un nuevo trago a mi Bud. Puede que no hiciera las cosas bien, pero ese cabronazo es un hombre de verdad.

—Necesitáis olvidaros mutuamente.

Maddie suspira con fuerza. Ahora mismo dejar atrás todo lo que sintió por Ryan le da un miedo terrible.

—¿Y si no consigo olvidarlo? ¿Y si él consigue olvidarse de mí y yo, de él, no?

—La clave son cuatro palabras: otros hombres guapos y esculturales —contesto como si lo estuviera leyendo de un enorme cartel lleno de fotos de adonis desnudos.

—Eso son cinco palabras.

—¿Cinco? ¿La «y» cuenta?

Aunque es lo último que las dos queremos, sonreímos.

—No quiero salir con otros hombres —gimotea.

Vale, vale, vale. Tengo que sacar mi artillería pesada acerca del conocimiento humano y las relaciones. Voy a necesitar, al menos, la letra de dos canciones de Sting.

Cambio de postura, cruzo las piernas como si estuviera en una clase de yoga y la miro fijamente para captar toda su atención.

—Del uno al diez, ¿cómo de increíble dirías que era Ryan en la cama?

Maddie protesta, bufa, se revuelve, pero yo no aparto los ojos de ella. Voy a darle un gran discurso, lleno de sabiduría, y todo empieza con esa pregunta... Además, no voy a negar que tengo algo de curiosidad sana... insana; bueno, dejémoslo en curiosidad.

—Contéstame —la apremio.

—Eres lo peor —se queja—. Un billón.

Achino los ojos. Lo sabía. No lo llamé señor irascible-sexo increíble gratuitamente. Yo no pongo esa clase de apodos a la ligera.

—Me lo imaginaba —repongo—. Pues ése es el motivo por el que necesitas urgentemente otro hombre entre tus piernas.

—No entiendo nada.

—El primer hombre con el que te acuestes será un absoluto desastre. No te tocará como Ryan, no te besará como él y vas a acabar hecha polvo.

—Lauren, te mereces un trabajo en el teléfono de la esperanza.

—Cállate —le reprocho; deja que la *Laurensabiduría* anide en tu mente—. Pero el segundo será mejor y el tercero mejor... y así sucesivamente. Si esperas a estar recuperada, a sentir algo por otro hombre, cuando te vayas a la cama con él, será un fiasco y volverás a hundirte. Los malos tragos es mejor pasarlos de un tirón.

—Y tú has tragado mucho —replica burlona.

Qué poca clase.

—Perra —protesto divertida.

—No ha sido a propósito —se disculpa sin poder parar de reír.

Haré como si no hubiese oído nada.

—Ryan...

—Está bien —me interrumpe a la vez que se levanta, coge los botellines vacíos y va hasta la nevera a por otros dos nuevos—. He captado el mensaje.

No me la ha colado, pero es obvio que necesita que deje de hablar de Ryan.

—¿Sabes qué? —continúo con una seguridad aplastante. He tenido una revelación—. Lo mejor es que nos olvidemos de tíos hasta que los personajes de las novelas románticas cobren vida y vengan a buscarnos.

Sonríe. Me pasa una cerveza y se sienta de nuevo en el sofá.

—Me pido a Christian Grey —dejo ultra-mega-claro. Ese tipo es mío.

Maddie frunce los labios buscando su elección perfecta.

—Mmm... Bennett Ryan —dice al fin.

—Por favor, hasta fantaseando se te ve el plumero —me burlo—. Ryan es la personificación de Bennett.

Mi amiga intenta disimular una sonrisilla de lo más culpable y se encoge de hombros.

—Entonces es que es muy de mi estilo —se defiende.

Ya, ya.

—Yo quiero que venga a por mí Jesse Ward y me reserve una habitación permanente en su hotel.

Mmm... el señor de la mansión. La imaginación está empezando a volar libre.

—Will Sumner —propone para sí.

Lo pienso un instante y creo que visualizo todo el libro en ese espacio tan corto de tiempo. Atractivo, guapo, divertido, canalla.

—¡Qué buena elección! —contesto—. Te va mucho. — Me tomo un segundo para pensar mi siguiente nombre—. Gideon Cross.

—Gideon Cross te destrozaría de un polvo —comenta socarrona.

—Claro, porque todos los demás nos harían cosquillas.

Las dos nos echamos a reír. Creo que las cervezas están empezando a hacer efecto.

—Miller Hart —apunta cuando nuestras carcajadas se calman.

De pronto lo veo claro y las dos nos quedamos en silencio, fantaseando al unísono.

—Lo has clavado —concluyo—. Nos merecemos que nos veneren —añado extendiendo mi botellín para que brindemos.

—Coincido —responde haciéndolo.

PRIMER ACTO

Érase una vez donde todo terminó, donde todo se quedó a medias y donde todo empezó.

La historia singular de un apartamento en el Village, una oficina y el JFK.

1

Lauren

**Botines peep toes Jimmy Choo negros de ta-
cón de aguja**

—¡Señorita Lauren Stevens! —grita Maddie señalando un cartel con mi nombre que Álex sostiene con las dos manos, como si yo fuera de la casa real británica y ellas, el chófer y la relaciones públicas que han venido a esperarme al aeropuerto.

En respuesta, saco la lengua fingiéndome hastiada, a punto de poner los ojos en blanco. Tengo las amigas más idiotas del mundo... y qué bien me conocen. ¡Me encanta!

Llego hasta ellas y reparto besos y abrazos. He estado fuera sesenta y ocho días, las he echado mucho de menos.

—¿Qué tal por Chicago?

La que lo pregunta es Maddie, ¿recordáis? Madison Audrey Parker. Está casada con Ryan Riley (os dejo tiempo para el suspiro) y está embarazada de su primer hijo, una niña. Es decir, son todo amor. Yo alguna que otra vez lo miro con ojos golosos, no lo voy a negar, pero jamás me lanzaría en sus brazos... bueno, puede que sólo a olerlo, pero me bajaría en seguida. Y no se trata de que eso vaya flagrantemente en contra del *sister-code*, es porque él no es el que hace que me tiemblen las rodillas. ¿Y quién es?, os preguntaréis sabiamente. Pues con la respuesta a semejante pregunta es cuando se complican las cosas para mí, porque no hay uno, hay dos. Si mi madre me oyese, creo que se desmayaría; las damas sureñas, ya se sabe. Mi abuela creo que daría una palmada y soltaría una de sus risas sar-

cásticas que siempre encierran mucho más, y mi tía Dina... mi tía Dina me pediría fotos, pero ella es harina de otro costal.

—Ha sido muy aburrido —respondo alargando la palabra muy hasta casi el infinito.

Maddie sonrío y Álex me reprende, divertida, con la mirada. Lo hacen porque no saben hasta qué punto tengo razón. Sesenta y ocho días repletos de interminables reuniones con gente que en ningún caso compensaba con atractivo su falta de conocimiento, los muy desconsiderados. Creo que mi jefe, el señor Miller, sólo camufló este viaje como formación para poder enviarme a mí y ahorrarse ir él.

—¿Habéis venido en el Camaro de James? —inquiero cuando empezamos a caminar hacia la salida de la terminal 3 del JFK.

—No —contesta Álex.

—¿Tenemos que volver en taxi? —gimoteo, y de pronto caigo en algo mucho peor y abro los ojos como platos, llevándome la mano al pecho—. ¿En metro? El metro está lleno de pirados y ¡hay casi una hora hasta el East Village!

Ellas se miran entre sí y sonrían, podría decir que disfrutando de mi tortura, pero sé que este par me oculta algo.

—No —interviene Maddie—, hemos traído algo que se ajusta un poco más a ti.

Atravesamos las puertas de cristal y salimos al intimidante frío de Nueva York de mediados de marzo. Las dos me miran, esperando a que yo lo haga hacia donde sea que esperan que lo haga, y entonces lo veo, el imponente Audi A8 del señor Riley. Finn está de pie junto a la puerta trasera, tan profesional que es incluso ofensivo para el resto de chóferes.

—Por fin alguien que entiende que soy una mujer con clase —digo mirándolo y echando a andar a la vez que me quito las gafas de sol.

—Señorita —pronuncia a modo de saludo abriéndome la puerta, disimulando una sonrisa.